

106

COMEDIA FAMOSA.

13-

OLYMPA, Y VIRENO.

DE DON JUAN PEREZ DE MONTALVAN.

Hablan en ella las Personas siguientes.



*Olympa, Condesa de Olanda.
Eduardo, Principe de Thracia.
Irene, su prima.
El Duque Vireno.*

*Fenisa, criada.
Clarín, lacayo.
Rugero, Caballero.
El Conde Octavio.*

*Roldán.
Fabio, criado.
Músicos.
Soldados.*

JORNADA PRIMERA.

*Sálen Músicos cantando, y Fenisa, y la
Condesa se pasa un poco, y
luego dice.*

Olymp. Si por verme divertida
de esta mi torpe pasión
vuestras diligencias son,
yo me doi por bien servida.
Yo os agradezco el intento,
y os estimo la lealtad,
os confieso la piedad,
y os alabo el pensamiento.
Pero si estoi de manera
(ay Duque lo que te quiero!)
que con el remedio muero,
como si ponzoña fuera,
Mejor es romper la herida,
que enjugar el rocicler,
mejor es, mejor, perder
de solo un golpe la vida.
Que aunque por mí bien se haga,

curarme con tal rigor,
es repetirme el dolor,
no suspenderme la llaga,
Y así en vez de paciencia,
pena me dad, y disgustos,
yo me ahorrare muchos suspiros,
y vosotros muchos tiempos
idos. *Musíc.* Notable tristeza! *vaf.*
Fenís. Nadie quiere darte enojos.
Fab. Fuego exhala por dos ojos.
Laur. Qué malograda belleza! *vaf.*
Olymp. Qué inquieta estoi, y qué triste!
Fenís. Añade tambien, y hermosa.
Olymp. Hablame en alguna cosa.
Fenís. Si esta licencia me diste,
en qué te puedo yo hablar,
fino solo preguntar,
quien ha podido enojarte,
ni pudo darte pesar?
Qué nueva melancolía

MA 108 8463
NEA 164 1643

te tiene de aquesta suerte:

Olymp. Es (ay !) la ocasion mas fuerte,

Fenis. Quiere acaso el Rey de Ungria,

por verse mas poderoso,

volver á su antigua guerra?

Olymp. Solfegada está mi tierra,

Fenis. Por dicha Delphin tu esposo,

digo, el que lo espera ser,

esta tibio, ó desabrido?

Olymp. Siempre el Delphin me ha querido,

y me debe de querer.

Fenis. Pefare de haver dexado

de Eduardo el casamiento?

Olymp. Ni entonces me dió contento,

ni aora me dá cuidado.

Fenis. Es enfermedad alguna?

solas estamos las dos.

Olymp. Buena estoi, gracias á Dios,

aunque no de mi fortuna.

Fenis. Quieres bien?

Olymp. Pafsa adelante.

Fenis. Pues digo, que en el semblante

parece que es voluntad

lo que te estorva la rifa.

Olymp. No lo parece, Fenis,

porque es la misma verdad:

ya no aprovecha el sufrir,

ya no vale el recatar,

ya no vale el follozar,

ya no importa el resistir.

Yo adoro á un hombre (ay Cielos!)

que fin saber que le quiero,

que lloro, suspiro, y muero,

me está abrafando de zelos.

Y pues lo confieso yo,

declarados son mis daños,

que los zelos, cinco años

ninguno los confesó.

Fenis. Perdida, señora, estás.

Olymp. Fenis, yo quiero bien.

Fenis. Y podré saber á quien?

Olymp. Escuchame, y lo sabrás.

Yo, que fui peñasco elado,

yo, que fui un laurel esquivo,

yo, que fui un diamante vivo,

yo, que fui un escollo armado,

yo, que fui un monte altivo,

sobre mi propia grandeza,

una tarde (que baxeza !)

hablé al Duque (ay enemigo !)

al Duque Vireno, digo.

Salen el Duque, y Clarinda.

Dug. Qué me manda vuestra Alteza?

Olymp. Yo, señor, para otro dia.

Fenis. Ya te entiendo.

Olymp. Esto turbaba!

yo, señor, no mando nada,

ni aunque quisiera, podia,

que el mandar es bizzaria;

y en llegando una muger

á querer, pierde el poder,

pues divertida en amar,

lo que antes pudo mandar,

solo sabe obedecer.

Dug. Luego algun amor secreto

causa el pesar que tenéis?

Olymp. Luego no lo conoceis,

siendo, señor, tan discreto?

Dug. De quien, si es contrario efecto

á vuestro valor? *Olymp.* De vos,

porquén amandose á os,

fin tardarse en discurrir,

para ver lo por venir,

tiene á aiagós de Dios.

Fuera de que vuestro pecho

(tanto de su amor confio)

vive tan cerca del mio,

que su vecino os ha hecho,

porque es tanto su del pecho,

que os dirá quanto imagino,

quanto pienso, y determino,

que vecino de una casa,

nunca calla lo que pafsa

en casa de su vecino.

Yo os adoro, en ocasion,

que á Phenix vais á gozar,

y yo me voi á casar

á Francia, que compassion!

Diréis, que no es discrecion

declararme enamorada,

que en la esfera de casada

ninguna habló enternecida,

que ya que falga fin vida,

se falga con ser honrada.

Pues no, no ha de ser así,

que el decir mi voluntad,

puesto que fue liviandad,

ha de ser remedio en mí,

porque si liviana fui,

solo en llegarlo á pensar

tal verguenza me ha de dar,

aunque la pafsiqn me venza,

que si quiera de verguenza

no os he de volver á hablar.

Y así no desafredito

mi ser; antes en vencerme

mas valor llegó à ofenderme,
 pues por mi valor repito:
 que si es amor infinito,
 y de mi amor me desiendo,
 mas me obligo, que me ofendo,
 pues resistiendo, y amando,
 siempre he de estar peleando,
 y siempre he de estar venciendo.
 No me quexo aquí de vos,
 no por cierto; ni de mi,
 de mi poca dicha, si,
 pues nos divide á los dos;
 y con esto á Dios, á Dios,
 y quando á Phenix mireis,
 acordaos que me tenéis,
 del modo que me dexais,
 aunque si con ella estais,
 no quiero que os acordeis.

*Vanse las dos, y quedan el Duque,
 y Clarin.*

Clarin. Como no dices aquello
 de aguarda, aguarda un instante,
 oye, escucha, tente, espera,
 con todas las necesidades,
 que los amantes ensartan
 en ocasion semejante.

Duq. Porque de manera estói,
 que aun para hablar, y que xarme
 el animo me ha faltado.

Clar. Quiero volver à mirarte:
 luego la amabas de veras.

Duq. No lo merece su taller,
 no lo merece su brio,
 su gracia, y sus muchas partes.
 Ay en el Mundo, Clarin,
 otra muger que la igualé.
 Ay aquel garvo en el Mundo,
 Ay en el Mundo aquel arte,
 y aquel amor sobre todo.

Clar. Yo confieso que es un Angel,
 y que fué con ella Venus
 recoleta, y mendicante,
 pordiofera, y bribonaza,
 pero aunque mas me la alabes,
 no he de creer que la quierés.

Duq. Por qué?

Clar. Porque de tan fácil
 te precias, tan de ingraton,
 tan de vario, y de mudable,
 que eres un mozo con barbas,
 y una veleta con guantes.
 En un mes te he visto amar,
 en tropezones veniales,

setenta y cinco mugeres,
 que un dia con otro sales
 á dos mugeres y media,
 sin que les sobre, ni falte.
 mira como crecéré:-

Duq. El ser un hombre inconstante,
 mientras no quieré de veras,
 mas es gala, que de amor,
 pero en llegando á gúitro,
 no ay cosa, Clarin, que agude,
 sino aquello que se ama:
 ay de mi, que tantos males
 miro à un mismo tiempo juntos,
 y sin poder remediarme.
 Olympa me quiere bien,
 y Olympa á Francia se parte:
 ya la adoro, y voy à bingripl
 a casarme, ó matarme,
 que todo viene à ser uno,
 quando sin gusto se hacen uno.
 Ay Olympa de mi vida!
 pluguiera al Cielo, que antes
 que te miraran mis ojos,
 todo el crystal de Tamarca,
 toda la nieve del Ganges,
 y toda el agua de Livio,
 cuyos rizados plumages
 al calor del quarto Cielo,
 tal vez se han visto orar sepulchro,
 me sirvieran de sepulchro,
 mas si havia de privarme
 (aunque à costa de mi vida)
 de la gloria de mirarte,
 no solo quiero vivir,
 dulce ocasion de mis males,
 sino volver à nacer,
 si pluguiera porque durasse
 mas la gloria de mis ojos.

Clar. JESUS, qué de necesidades,
 volver à nacer querias?
 ay tan grande disparate!

Duq. Disparate puede ser
 querer un hombre tornarse
 à nacer por ser de nuevo?

Clar. Son las incomodidades,
 que passa un hombre al nacer,
 tantas, señor, y tan grandes,
 que aunque me dieran el Mundo,
 no volviera à embardarme,
 no, por vida de Clarin,
 en el vientre de mi madre.
 Porque, qué mayor desdicha,
 que estar un mes en el mundo,
 y no ser de él.

nueve meses hospedado
entre panzas, y quaxares,
y con mala vecindad,
que esto no puede negarle:
Nacer al cabo llorando,
quizá los últimos males,
porque en presencia se lloran
muchas veces los pesares:
Luego cortarle el ombligo,
y envolverle la Comadre
en pañales, que parece
por ser lienzo los pañales,
que le juran de mortaja,
y le apoyan de cadaver:
Trás esto viene la cunada,
el mecerle, el columpiarle,
darle una Gallega el pecho,
donde ay mas vino, que sangre:
Si lloran, llaman al bú,
y porque se duerman y calle,
le están cantando la rora,
aunque no es nuevo el lenguaje,
que siempre á los que se duermen
les dicen tales cantares:
Aun no tiene nueve meses,
quando los dientes le salen,
á un año le dán viruelas,
y para que no se rasque
le atan las manos, y queda
como pepino de carne:
Luego entra el sarampion,
las sangrias, los xarabes,
el pujo, la alferecia,
y la lombriz formidable:
Siendo mayor vá á la escuela,
y en cada zancajo trae
un fabañon, con cuidado,
que chupandole la sangre,
al medio dia le come,
y le merienda á la tarde:
Si no sabe la leccion,
el embès es el que sale
por fiador del defecto,
y el Maestro hace que pague:
Si no está buena la plana,
diez canelones le salen,
y no de azucar, diciendo,
que la letra entra con sangre:
Si está parlando en la escuela,
la palmeta hace que calle,
pues que por nueve abugeros
de las palmas sale el aire,
y el pobrete á quemá ropa.

comienza luego á rascarle.
Vive Dios, y vivirá
para siempre, que el que sabe
los trabajos, los peligros,
los riesgos, y los achaques,
que le esperan á un Christiano,
entre el nacer, y el criarle,
y volver quiere á nacer,
es un bobo, un ignorante,
un zurdo, un necio, un menguado,
es un Pasqual, un orate,
y es un vinagre torcido,
que es algo mas que un vinagre.

Dug. Basta, que siempre has de estar
de humor.

Clar. Pues pese á mis males,
tiene Clarin mas oficio,
que su despejo, y donaire:
La vida te doj por esso,
aunque de loco me trates,
porque si quando affigido
estás, y desagradable,
me pusiera yo mas tieso,
con una cara de un lastré,
aunque siempre es una misma,
paguenme, ó no me paguen:
claro está que se doblaran
con los mios tus pesares,
doblando el pesar, es fuerza
que se pudricesse la sangre:
la sangre podrida causa
unas calenturas grandes,
á las calenturas suelen
el tabardillo acercarse,
al tabardillo el Doctor,
al Doctor los Sacristanes,
que galanteando los Kyries,
y cantando de portante,
darán con amo, y criado,
desde el Palacio á la calle,
desde la calle al requiescant,
y del requiescant in pace
al carnero: mira aora
si hago bien en alegrarte,
pues te excusó del Doctor,
y te libro de mil Frailes.

Dug. No te niego yo, Clarin,
que procuras de tu parte
divertirme, mas que importa,
si es imposible que baste
tu donaire á mi tristeza.

Clar. Pues todo ha de remediarle.

Dug. Como, si se casa Olympa.

Clar. Estorvando qué se case.

Duq. Como, si me voi mañana?

Clar. Buscando excusas, y achaques.

Duq. Como, si firmè el concierto?

Clar. Qué concierto?

Duq. El de casarme

con la Princesa de Ungría,
que me, esperá por instantes.

Clar. Pues apelar á la ausencia.

Duq. No ay ausencia contra un Angel.

Clar. Pues despicate con Phenix.

Duq. La muger propria, ignorante,
no basta contra ninguna.

Clar. Pues que las agenas basten,
y hacer lo que una Matrona,
que viendose de fir amante
ofendida, remudaba:

como camisas, galanes;

y preguntando uno de ellos
la causa de ser tan facil,

le respondió: Yo, Rey mio,

busco un galán, que me quadre,

mui lindo, mui cariñoso,

mui amante, no inconstante,

y he de errar hasta acertar,

murmure quien murmurare,

y hasta aora no he acertado,

passe busted adelante.

Lo mismo puedes decir

hasta despicate. *Duq.* Añade,

si pudiere. *Clar.* Bien podras,

porque tienes de tu parte

la condicion, y el ser hombre.

Antes de un mes:-

Duq. No me agraviés.

Clar. Te he de curar, con tal, que
me obedezcas, y me pagues.

Duq. Pues dos mil ducados tienes,
como en un año me faxes.

Clar. Pues alto, á mudar camisas,
chiton, callar, y casarse.

*Vanse, y salen Soldados, y acompañamiento, Rugero, el Conde Octavio, Irene,
y Eduardo Principe de Thracia.*

Eduard. Rugero, Conde, amigos,
pues fuisteis todos de mi mal testigos,
sedlo tambien de mi venganza aora.

Apenas el Aurora;

que en el libro del Sol entretenida

prologo de sus luces se apellida,

salga lloviendo albores,

quaxando perlas, y lloviendo flores,

quando estén mis Soldados

aun tiempo prevenidos, y pagados;

porque así como el viento,

á tajos, y revelés,

es Neron de las flores, y las mieffes,

así mis belicosos

Esquadrones, por diques, y por fosos,

valientes, y seguros,

trepando escalas, y batiendo muros,

tanto escalen, y abrafen,

que aun mas allá de la esperanza passen,

para que sepa Francia, que yo solo

con Marte, y con Apolo

en gala, y en valor competir puedo

porque si á quien me excede yo no excedo,

á los demás, cuyas victorias sigo,

compiten con el Sol, y yo conmigo.

Ruger. Señor, tu prima aguarda.

Eduard. Bella Irene,

perdoname, porque el pesar me tiene
tan ciego, que aun de mi mismo me olvido.

Iren. Siempre ha de estar tu Alteza divertido?

Eduard. El agravio disculpa mi cuidado.

Iren. Solo es mi amor con vos el agraviado.

Eduard. Dexa, prima, esta quexa,

y de matarme con tus cosas dexa,

basteme, Irene, el mal que yo me tengo.

Iren. Venis bueno, señor?

Eduard. Con salud vengo.

Iren. Y fuiste á Olanda? *Eduard.* Con Olympa estuve

donde un mes me detuve

en verla, y en tratar mi casamiento.

Iren. Qué penal qué dolor! y qué tormento!

mayormente en viage prolongado,

dónde no cesso de tener cuidado.

Y concertóse? *Eduard.* No.

Iren. Luego no viene?

Eduard. Esse es mi mal, y mi pena, Irene.

Iren. Esse es, primo, mi bien; essa mi gloria,

su hermosura perdone su memoria.

Eduard. Pues porque tu esperanza

tome una vez de mi rigor venganza,

escucha los rodeos de mi muerte.

Iren. Tu esclava soy; prosigue,

Eduard. Pues advierte:

Trataba el Rey mi Padre el casamiento

con la Condesa Olympa, ya lo sabes.

Iren. Y sé, que á tu pesar, y mi tormento,

sin prevencion de galas, y de naves,

con dos criados te entregaste al viento,

para ver encubierto los suaves

ojos de Olympa, mi contraria hermosa,

todo esso ya lo sé, passa á otra cosa.

Eduard. En una nave, pues, que al cristalino

Puerto

Olympa, y Vireno.

Punto peina las fragiles espinas,
Cyfne de tablas, y Delphin de lino,
hermosa Garza de pinadas plumas,
cuyo embeñado, cuyo dulce pino,
del Sol tocando las hermosas plumas,
tan cerca estuvo de su esfera bella,
que le contó los rayos à una Estrella.
Me embarqué con Rugero, con el Conde,
y sin borrasca, ni desdicha alguna
desembarcamos en Olanda, adonde
disfrazado de nombre, y de fortuna,
que alguna vez la Magestad te esconde,
à imitacion del Sol, y de la Luna,
porque el oficio con el nombre quadre,
embaxador, me finjo de mi Padre.
Pido licencia para hablar mi esposa,
lleva el recado el Conde de Maria,
recibele entre grave, y melindrosa,
y responde entre agena, y entre mia:
consulta à sus vassallos codiciosa
sobre la ceremonia, y cortesia;
doile las cartas, publicase un torneo,
viene el Conde por mi, y à Olympa veo;
Sobre un estrado de ropage Griego,
que sustentaba un freno de topacio,
como la madre del halago ciego,
Olympa estaba en su Real Palacio,
tan de Sol, tan de Estrella, tan de fuego,
que mirando su filla mas de espacio,
quise apagarla, por pensar, que ardia,
y lo dexé por defender la mia.
Alcáze cuerpo, breve de cintura,
ni bien rubio el cabello, ni bien bayo,
que para guarnicion de su hermosura,
mas pareció artificio, que desmayo:
los ojos del color de mi ventura,
pues siendo un azabache cada rayo,
quando amanecen desterrando nieblas,
obscuras luces son claras tintieblas.
Tratamos muchas veces del concierto
Olympa, y yo, tan amorosamente,
que tengo para mi, que fuera cierto,
y aun se llegó à dudar publicamente;
pero llegando por mi mal al Puerto,
de parte del de Francia mi pariente,
el valiente Roldan à hacer las bodas,
pudo frustrar mis esperanzas todas.
Con esto, y con tener por enemigo
al gran Duque Vireno, que alli estaba,
que nunca se llevaba bien conmigo,
puesto que como amigo me faltaba;
con que verguenza, Irene, te lo digo!
dijo Olympa, con saber que la adoraba,

en no admitir partidos, ni finezas,
poniendo por excusas sus tristezas.
Yo entonces, por no ver mas claramente
ofendido mi amor con sus enfados,
como cometa por el aire ardiente,
piso del Mar los liquidos collados:
y apenas desde el ultimo Tridente
mis almenas registro, y mis Soldados,
quando publico guerra à sangre, y fuego
en desagravio del Imperio Griego.
A Francia iré para estorvar la empresa,
que pretende por parte de Bretaña;
à Olanda he de cercar, y à la Condesa,
y al Duque he de matar en la campaña:
no cessa el odio, no, ni el amor cessa:
à Olympa pierdo, porque Francia gusta,
sentencia ora, si la guerra es justa.
Irene. Si, señor, mui justo es,
porque os estimo de modo,
que obedeceros en todo
es mi mayor interes.
Salid, primo, en hora buena,
y castigad su osadía,
que aunque sé que el alma mia
vá à decirla mucha pena,
por tan de vuestra me precio,
que si os ha de dár salud,
comprara vuestra quietud
à costa de mi desprecio.
No me obligo à no sentirlo,
que esso fuera no decirlo;
mas obligome à callarlo,
à padecerlo, y sufrirlo.
El sentirlo, al amor toca,
el callarlo, à la cordura,
que tambien ay calentura,
que no se sale à la boca,
y no es menos por sufrida;
antes como no se gasta,
crece todo lo que basta
para acabar una vida.
Y aunque es verdad, que pudiera
vengarme de vuestro nombre,
queriendo bien à otro hombre,
no ayais miedo, que le quiera.
Porque quererle, y dexaros,
fuera confessar que erré
todo el tiempo que os amé,
pues me arrepenti de amaros.
Y una muger como yo,
y mas en llegando à amar,
puede con amor errar,

mas no confiesa que erró.
Fuera de que no teneis
culpa vos de aborrecerme;
antes bien quereis quererme,
y sé yo que no podeis.
Con que bien claro se muestra,
que nace esta tyrania
mas de la desdicha mia,
que de la esquiviza vuestra.
Y así, partid mui ufano,
y plegue al Cielo, señor,
logreis tan bien vuestro amor,
que deis à Olympa la mano.
Que despues yo sé mui bien,
que diréis de su herinofura:
Esta tuvo mas ventura,
mas no me quiere mas bien.
Y con esto, à Dios, que están
dandome priessa, los ojos,
para reñir los enojos,
que vuestras cosas me dán.
Ruger. Se fué. *Eduard.* Si yo la quisiera,
y como à Olympa la amara,
yo, *Rugero*, la buscara,
yo, *Condé*, la detuviera:
pero no puedo animarme
à dar un passo tras ella.
Cond. Pues por qué no es mui bella?
Eduard. Si quereis lifongearme,
si quereis entretenerme,
tratadme, si puede ser,
del medio que he de tener
en poder satisfacerme
del Duque, de Olanda, y Francia:
esto os pido, y esto os ruego.
Ruger. El remedio es partir luego
à castigar su arrogancia.
Eduard. Eflo si, cubran lá tierra
mis huestes, pues yo las guio.
Cond. Qué gala! *Ruger.* Qué amor!
Cond. Qué brio!
Eduard. Guerra contra Francia.
Todos. Guerra. *Vanse.*
Salen por una puerta el Duque, y *Clarim*,
y por otra *Fenisa*, y *Olympa*.
Clar. No ay sino mostrar buen pecho,
que ya nos espera el mal.
Fenif. De qué re sirve el llorar,
si no ha de ser de provecho?
Clar. No ay decirme que te abrasas,
que eres mui facil de arder.
Fenif. Mas es ganar, que perder,
pues con el *Delphin* te casas.

Clar. Despidete à lo lacayo,
y vamos de repelon.
Fenif. Usa de tu discrecion,
teme el golpe, y huye el rayo.
Clar. Partirà Grecoia es forzoso.
Fenif. Francia te espera dichosa.
Clar. Phenix ha de ser tu esposa.
Fenif. Carlos ha de ser tu esposo.
Clar. Esto la razon lo manda.
Fenif. Tu miñina te das veneno.
Clar. Tu eres el Duque Vireno.
Fenif. Tu eres Condessa de Olanda.
Duq. Todo el mal me vino junto.
Olymp. Mi muerte sin duda es cierta.
Clar. Como te vá con la muerta?
Fenif. Como à ti con el difunto.
Clar. Bien ayamos los que andamos
en esto mas importante,
ver, y passar adelante.
Fenif. Tristes de las que quedamos.
Clar. Tambien los hombres:
Fenif. Son hombres.
Clar. Pues qué quèrias que fuesen?
Fenif. Quisiera que amar supiesen,
porque infaman nuestros nombres:
mal aya yo, y la muger.
Clar. Luego yo tambien engañó?
Fenif. Tambien engañas picaño,
porque no sabes querer,
ni puedes; porque el amor
requiere agrado, y blandura,
cortesia, y hermosura,
y eres tan fiero amador
en corazon, y facciones,
que si acaso te sangraran,
presumo que te sacaran
en vez de sangre, favones:
Y es tal tu vil condicion,
que en queriendo que me quieras,
lo reduces à quimeras,
y te haces gran focarron.
Clar. Pues bien sabe la chichorra
la mostaza racional,
perinotà de crystal,
y lagartija con cota,
que quando tengo cuidado,
que merezca mi desseo,
me regalo, me gorgeo,
todo me hago confitado,
me conservo, me derrito,
me alojó, me endiaciono,
me enmielo, me encanelono,
me almivaro, y me confito

Olympa, y Vireno.

mas oye, que nuestros amos
toman el naípe discretos.

Fenif. Qué se dirán? *Clar.* Dos Sonetos,

Fenif. Empiecen, que ya escuchamos.

Duq. Si pudiera deciros lo que siento,
fuera, Olympa, sentir mui vulgariamente,
porque no siento bien de lo que siento,
quien mide con la voz el sentimiento:
De mi proprio sentido hago alimento,
y vivo mientras siento solamente,
pues tan hallado estoi con mi accidente,
que temo mas la dicha, que el tormento.
Solo siento, que puede suspenderme
tanto sentir la gloria de acordarme
de la causa que pudo entristecerme.
Porque si estais en mi para acordarme,
y me olvido de mi para ofenderme,
de vos, aunque me pese, he de olvidarme.

Olymp. No está mal encarecido:

Duq. Pues mejor sentido está.

Olymp. Ello dirá. *Duq.* Si dirá.

Clar. Bravo Sonetazo ha fido!

Olymp. Aunque no le haré tan bien,
escuchame aora à mi.

Duq. Para serviros naci.

Clar. Dios nos ayude tambien.

Olymp. Mi grave pena, y mi dolor severo
no os encarezco, porque os quiero tanto,
que si os há de costar mi pena llanto,
no os quiero ver morir del mal que muero.
Si no que como yo morir espero
à manos de la pena, y el quebranto,
porque nadie me usurpe lo que canto,
toda la pena para mi me quiero.
Poderos olvidar, no fuera amaros,
que para no olvidaros, ni ofenderos,
mejor lugar que à mi tengo de daros.
Y así quando me llegue à ver sin veros,
aunque me olvide, no podré olvidaros,
pues mucho mas que à mi vendré à quereros.

Clar. Bien aya quien te parió.

Duq. Vos vencisteis en efecto;
qué sentido, y qué discreto!

Olymp. El alma, señor, habló.

Clar. Posible es que no te animas
con esto, Fenifa hermosa,

à decirme alguna cosa,
pues que dices que me estimas?

Fenif. Tu gusto mi gusto es:
como quisieres lo traza.

Clar. Pues requiebrame, rapaza.

Fenif. Digo, pues. *Clar.* Escucha, pues.

Fenif. Clarin de estos ojuelos, Clarin digo,
es de la faz tan rutilante, y bella,
que aunque te pongas una passa en ella,
no ha de haver quien por ella te dê un higo.
Tanto siento el perderte, Dios testigo,
que aunque qualquiera cosa se atropella,
ofrecido has de ser à una doncella,
porque el Cielo me faque de contigo.
Aqui cesó mi bien, aqui el reirme,
todo mi mal; Clarin, me vino junto,
ni vestirme podré, ni colorirme;

porque

porque quien tiene el corazón difunto,
y que tambien se precia de ser firme,
una toca le basta con un punto.

Clar. Mui bien está; mas atiende
á un Soneto de Sonetos,
no de vulgares conceptos,
que qualquiera los entiende,
fino de cosas mui altas.

Fenif. Valgame Dios! qué, es tan bueno?

Clar. Está de mysticos llenos:
oye, y perdona las faltas.

Niña, sin ser de Osma, digna de asma,
y sin ser de papel, pequeña resma,
que con armas, y corchos, una sesma
aun no tienes de talle, cataplasma.
Qué importa ser fantástica, ó fantasma,
si tú carne, tocándose á sí mesma,
sin ser asma, ó pescado de Quaresma,
qualquier pescado de Quaresma rasma.
Pero si passas de Quaresma á asma,
y nadie por pequeña te quarisma,
aunque por no chufimarte tanta llasma,
No te chufimes de gente barbarisma,
que si alguno te brisna, brasna, ó brasma,
cifina serás, cifimética morisina,

Fenif. Maldigate el Cielo, amen:

JESUS! qué pestilencial.

Clar. Pues con escribir tan mal,
de ninguno digo bien.

Fenif. Todos los que saben poco
echan por esse camino; *Tocan.*
pero qué es esto? *Clar.* Imagino,
ó el susto me tiene loco,
que nos llaman á embarcar.

Fenif. Esto, señor, es partir;
digo partir á morir.

Clar. Mira que te espera el Mar.

Dug. Yo prometo no olvidaros
por vida de: *Olymp.* No jureis,
porque no lo cumplireis,
aunque querais animaros:
que dicen, que vuestro amor
dura, señor, solamente
mientras os tiene presente:
y no quiero yo, señor,
siendo tan poco segura
la voluntad que mostrais,
que por mi gusto pongais
vuestra vida en aventura.

Dug. Ya es otro tiempo, señora; *Tocan.*
mas segunda vez tocaron.

Clar. Y segunda vez robaron
los claveles al Aurora.

Olymp. A Dios, Duque,

Dug. A Dios, Condesa.

Clar. A Dios, niña:

Fenif. A Dios, Clara.

Olymp. Llegó de mi vida el fin.

Dug. Ya veréis lo que me pesa.

Olymp. Ay, malograda afición!

Dug. Ay, amor, muerto á la orilla!

Clar. Ay, mi criada tortolilla!

Fenif. Ay, mi criado tortolon!

JORNADA SEGUNDA.

*Salen el Duque Vireno preso, y Fabio
criado.*

Fabio. No me acabo de admirar!

Dug. Sucessos son de la guerra.

Fab. Tu preso, y en esta tierra?

Dug. Troqué por la tierra el Mar.

En Olanda me embarqué,
ya lo viste, para Ungría,
quiso la fortuna mia,
que siempre en mi contra fué,
que Eduardo me encontrasse
entre el Danubio, y Belgrado,
y zeloso, ó enojado

de que no se efectuasse
con Olympa el casamiento,
que aquesto dá por disculpa,
pensando que tuve culpa
en mudar su pensamiento,
mandó prenderme, y traerme
con cien Soldados á Thracia;
y aunque parece desgracia,
mayor pudo sucederme:
porque si no me prendiera,
y hasta Panonia llegara,
es cierto que me casara,
y mayor desgracia fuera
casarme sin voluntad,
que prenderme con valor,
y así tuvo este rigor
algo de comodidad,
porque en fè de la prisión,
aunque al parecer lo siento,
si no excusó el casamiento,
dilato la execucion.

Fab. Y como Eduardo dexa,
dime, la guerra tan presto?

Dug. Parecele que con esto
ha satisfecho su queja,
y engañase, por mi vida,
que antes la prisión me ha dado

mas alivio, que cañado:
ay, dulcísima homicida!

Fab. Quien duda que Irene anda
(ya me entiendes) por aquí?

Dug. Coa ella me divertí
de la Condesa de Olanda:
loco estoi, yo lo confieso.

Fab. No ves que à su primo adora,
como pretendes aora
que te quiera?

Dug. Y aun por esso:
porque la juzgo invencible
solicité su favor,
que es capricho de mi amor
anhelar por lo imposible.
Yo soi amante animoso,
no ay para mi cosa grave,
lo que mas cuesta me sabe,
y mejor lo mas costoso.
De suerte, que para arder
en su amor el alma loca,
basta saber de tu boca
que no me puede querer.

Fab. Y Olympa?

Dug. Siempre la quero,
y si ella no se casara,
como el Cielo la adorara,
porque fué mi amor primero.
Pero ya Olympa no es parte
para apartarme de Irene,
Olympa marido tiene,
Olympa à Francia se parte.
Solo la muerte no admite
ni remedio, ni consuelo,
para lo demás, el Cielo,
si no lo dà, lo permite.
El mas firme, el mas amante,
un año podrá sin ver
querer mucho à una muger,
pero no mas adelante:
porque al fin nos consolamos
con las que hablamos, y vemos,
y aun à veces lo aprendemos
de los que en ellas miramos.
Y así Olympa, y yo que fuimos
un alma, una vida, un sér,
nos debemos de querer:
pero al fin nos divertimos.
Yo la hallé, yo la perdí,
ella me amó, y me dexó,
si ella entonces lo sintió,
yo lo sentí o, y lo sentí.
Mas todo, Fabio, es pasado,

y supuesto que ya fué,
como yo me consolé,
ella se avrá consolado.

Fabio. Bien puede ser que no puedas,
aunque tu, señor, lo estés.

Dug. Quierame, Irene, y despues
suceda lo que suceda:
pero de que este ruido?

Saló Clarín de camino, muy apressurada.

Clar. De gozo vengó sin mi:
está mi señor aquí?

Dug. Aquí estoi, di lo que ha havido.

Clar. Si la vida codicias,
dale à Clarín albricias
de la nueva mas nueva, y mas gustosa,
que en Arábigo, Griego, verso, y prosa,
el Francés, el Chaldeo,
el Español, el Ungaro, el Hebreo,
el Turco, el Parto, el Scita,
el Medo, el Africano, el Troglodita
han visto en pergamino,
en bronce, en marmol, en papel, y lino,
en oro, en yeso, en cera,
en evano, en marfil, en talavera,
en jaspe, y en acero,
despues que ay relacion:-

Dug. Di, que ya espero
con gusto, y suspensión.

Clar. Es cosa mucha. *Dug.* Acaba de decirte.

Clar. Pues escucha;
por divertirte un poco,
que tambien se sentir, aunque soi loco.
À esse monte supremo,
que llaman comúnmente en Thracia el Emo,
me salí esta mañana,
y estando contemplando la temprana
de un Almendrò hermosa,
que repetido como en la blancura,
y relampago breve
en lo succiato, que su muerte bebe,
pues de Abril, y de Mayo,
ya sea lavanderò, ó ya lacayo,
muere tan de repente,
que aun sin calificarse de viviente,
apenas con el Alba se gorgea,
y el aljofar llovido goloséa,
quando mortaja hace
de la misma camisa con que nace.
Estando, pues, riendo
su loca juventud, un ronco estruendo
de caxas, y trompetas,
de caballos, relinchos, y baquetas
escucho, y atrevido

De Don Juan Perez de Montalván.

desciendo al valle à registrar el ruido,
y detrás de un repecho,
que parece que a madre le havia hecho
el Cielo para el caso,
la oreja aplico, y alleguro el passo.
Y después de mil picas, y tambores,
arcabuces, y plumas de colores,
à Olympa miro en Grecia,
porque de Palas, y de Sol se precia,
de Marte, y de Belona,
armada, vive Dios, como Amazona,
y en un blanco caballo,
de quien el mismo viento era vassallo,
pues el Cielo tan viento
le formò, que si en este firmamento
el viento se perdiera,
para volverle à hallar, forzoso fuera,
si quiera por no errallo,
que llevara por pauta este caballo.
Yo entonces, dando voces:
à Clarin, gran señora, no conoces?
repeti: y esta luego,
saliendo las llaves al sosiego,
detiene, oprime, y para
al bruto, que mirandome à la cara,
quedò como corrido,
de que Clarin le huviesse detenido:
porque tascando el freno,
que era en la boca plateado truecas,
y en su espuma enegado,
parece que por señas enojado
decia à su Excelencia,
que no era digno yo de reverencia,
y así, que era afrentalle
pararle à un hombre de mi cara, y talles
porque los mal vestidos,
aun de los brutos somos desvalidos.
Ya el Exército en esto
havia fabricado, havia compuesto
mil tiendas de campaña,
sirviendo el arrayan, y la espadaña
de cimientto oloroso,
y en un dorado pavellon hermoso
Olympa, descargada
del peto, del arnés, y de la espada,
quedò la Venus sola,
porque era nube de su Sol la gola,
que à sus rayos servia
de azicalada, y tersa zelosia.
No fuele así el Aurora,
que madruga à beberse lo que llora,
con dormidos bofezos
facudir los primeros esperezos.

para que el Sol su amante
la liga en su carrera de diamante,
como tu Olympa hermosa,
quando banada su azucena, y rosa,
los ojos dos faroles,
que aun por ser mas que Soles, no son Soles;
las manos diez jazmines,
y la garganta hermosa
viva imagen de la blanca rosa,
tan brillante, y divina;
tan perla transparente, y cristalina;
que quando el agua bebe
por el conducto de su risa nieve,
por de fuera sin duda se la viera,
si como al fin es agua, un buen hipocrás fuera.
Olympa, finalmente,
porque me voi à necio de eloquente,
con su gente ha venido
à darte libertad, porque ha sabido
esta prission injusta,
y así con pompa, y Magestad Augusta,
y con muchos Soldados,
que muchos son estando bien pagados;
cercar à Thracia intenta
tomando tus agravios à su cuenta,
tan valiente, y felice;
que lo hará, vive Dios, como lo dices;
porque en viendo su brio,
su talle, su valor, su señorio,
y su hermosa presencia,
aun de rendirle es mucha resistencia.
Esta en suma es la historia,
digna de eterna, è immortal memoria,
que traxe que contarte
de parte de aquel Angel, y de parte
tambien de mi codicia:
dame, pues es razón, pues es justicia,
no digo, no, los brazos,
sino albricias, que estoji hecho pedazos.
Dug. Ay tan grande novedad!
Ay fineza tan extraña!
que Olympa está en la campaña.
Clar. Fue mucha su voluntad.
Dug. Y dime, dime, Clarin,
la boda en que estado está.
Clar. En que desde aqui se vá
à casar con el Delphin:
pero primero ha querido,
viendo que la causa toda
de tu prission es su boda,
venir con esse lucido
Exército à socorrerte,
que es la mayor bizzarria,

que su amor hacer podia.

Duz. Qué importa si está mi muerte en imaginarla ajená, supuesto que lo ha de ser.

Clar. Y en fin qué piensas hacer?

Duz. Pues el amor me condena a no verla, ni escribirla, agradecido, y postrado a su amor, y a su cuidado, ofreciendome á servirle con mil almas que tuviera.

Clar. Qué havemos de hacer, Irene?

Duz. Quando Olympa viene á verme, sola Olympa es la primera.

Clar. Y si te digo que Flora me ha dicho que está inclinada

Irene? *Duz.* No importa nada, quierame Irene en buen hora, que no por esto desisto de querer á Irene bien.

Clar. A Irene tambien?

Duz. Tambien,

porque si su amor conquisto, nos está bien á Eduardo, á Olympa, á Irene, y á mi:

A Eduardo, porque así sin arriesgarle gallardo folsiega toda la tierra de la guerra en que la puso.

A Olympa, porque la excuso de detenerle en la guerra, supuesto que está casada, y que ya no es lo que fué.

A mi, porque así podré casarme sin perder nada de la fe, y palabra puesta,

pues me disculpa estar preso.

A Irene, porque con esso

toma una venganza en esta, de la crueldad, y desden

de su primo; de manera,

que como Irene me qui era,

pues que ya me mira bien,

Eduardo pierde el susto,

despica Irene su olvido,

goza Olympa su marido,

y yo me caso con gusto.

Clar. Lindamente lo has trazado!

salta Fenisa, y Clarin.

Duz. Irene es un Seraphin.

Clar. Qué presto te has consolado!

Duz. Soi amante prevenido:

mas las alegrías te doi.

Ya ves, Clarin, qual estoi, pero el gusto recibido es tan grande, que no quiero remitir para adelante la paga, aqueste diamante toma, por mayor lucero que rige de Apolo el coche.

Clar. Tente, señor; bueno está, que el Platèro lo dirá antes que llegue la noche.

Duz. Y has de atreverte á llevar á Olympa un papel? *Clar.* Pues no?

yo lo llevaré, y se yo, segun te debe de amar, que en allegando con bien Clarin á su resplandor, tendrá la paga mejor, no la señora mas bien.

Pues qué diré de Fenisa, que viene muerta por mi?

Duz. Dichofo en amarla fui, pero lo fui mui aprissa: pues á essa la he de gozar.

Clar. Por esso es tuyo el Laurél.

Duz. Voi á escribir el papel.

Clar. Y yo le voi á llevar.

Vanse, y salen Olympa, Roldan, y Fenisa con capas, y espadas de noche.

Rold. Ya estamos en la Ciudad.

Olymp. Pues el Palacio veamos.

Rold. No pienso que lo acertamos.

Olimp. No ay yerro con voluntad.

Rold. El riesgo es mui conocido.

Olimp. Por esso es la noche obscura.

Rold. No ay noche con tu hermosura.

Olimp. Roldan, ya havemos venido;

soi muger; y estoi resuelta.

Rold. Yo tambien, que soi quien soi.

Olymp. Pues yo entro. *Rold.* Triste voi.

Fenif. Y quando será la vuelta?

Olymp. Luego; si luego queremos.

Rold. Ya la Condesa se enoja.

Fenif. Tambien yo soi de la hoja.

Olymp. Pues qué aguardamos?

Rold. Entremos.

Vanse, y salen Eduardo, y Rugero.

Eduard. Ay, Rugero, atrevimiento que iguale con esta empresa?

En mi tierra la Condesa?

de justo enojo rebiento.

No le basta, no, escucharme,

no le basta, no, matarme,

no le basta verme arder,

y no venirse à mi tierra
con alboroto, y con gente?
Pues pregunto, es suficiente
causa para hacerme guerra
la de buscar, y prender
á un hombre que me quite
la gloria que pensé yo
de llegar à merecer,
à no estar de por medio
el Francés apasionado:
No era mas fácil remedio,
quando yo huviera errado,
el embiar á mandarme
que le diera libertad?

Esta es mala voluntad,
y deseo de irritarme.
Pues vive Dios, que he de ser
un rayo, un cometa ardiente
contra su tierra, y su gente,
sin valerla el ser muger.
Aqui dió fin mi deseo,
y acabó mi voluntad,
que todo tiene su edad,
aunque yo la galanteo.

Muera la Condesa, muera,
falga de madre el rigor,
ya es odio lo que era amor,
y diamante lo que cera.
Príncipe de Thyrcia soi,
y ofendido, pues qué aguardo?

Olympa tema à Eduardo,
Griegos, à vengarme voi.
Sale Octavio.

Octav. De parte de la Condesa
Olympa, quieten hablarle.

Eduar. Pues à mala ocasión vienen,
bien lo dirá mi semblante:
idos, y dexadme solo. *Vase Octav.*
*Queda solo Eduardo, y sale Olympa,
Fenisa, y Roldan.*

Fenif. Advierte:-
Olymp. Nadie me hable,
que yo me entiendo.

Rold. Haz tu gusto,
que Roldan no ha de faltarte.

Olymp. Deme, señor, vuestra Alteza
à besar sus pies Reales.

Eduard. Quien eres?

Olymp. Monsieur Fermin,
Marqués de Amberes, y Gante.

Eduard. Y à qué vienes? *Olymp.* A tratar
con tu Magestad las paces.

Eduard. Quien te embia?

Olymp. La Condesa
mi señora, que Dios guarde.

Eduard. Pues la Condesa qué quiere?
Olymp. Quiere, señor, concertarse.

Eduard. No ay mas concierto que irse,
esto havia de ser antes.

Olymp. Quiere que le des al Duque,
que por su causa mandaste
prender. *Eduard.* Y à esso solo viene?

Olymp. Pues no es ocasion bastante?
Eduard. Si fuera su deudo, váyase.

Olymp. Parentescos ay sin sangre.
Eduard. Todo lo puede el amor.

Olymp. O la amistad, que es mas fácil.
Eduard. Si hará, pero no ha faltado
quien diga:- *Olymp.* Pasa adelante.

Eduard. Qué ha sido:- *Olymp.* Qué?

Eduard. Liviandad,
nacida:- *Olymp.* De qué?

Eduard. De amarle.
Olymp. Muerta esto! *Eduard.* Esto se dice.

Olymp. Pues, señor, quien lo pensare;
fuera de vuestra persona,

que en fin es deidad aparte,
digo que miente mil veces:
y que yo:- *Eduard.* Calla arrogante.

Olymp. Hombre à hombre, vive el Cielo,
que en la campaña le mate.

Eduard. Ha de la Guardia: Rugero,
Fabio, Arnesto, Condestable.

Salen Octavio, y Rugero.
Octav. El Rey dà voces. *Ruger.* Señor?

Eduard. Ea, prendedle, ó matadle.
Olymp. Qué es prenderme? mal conoces
el corazon que agraviaste.

Ruger. A tu lado estoí, no temas.
Fenif. Y yo, aunque la edad me falte,
soi cuenta à Don Juan tocada.

Eduard. Date à prision.
Olymp. Como darme?

mi muerte veréis primero.
Salen el Duque, y Clarin.

Dug. Ella es, no te engañaste.
Clar. Pues llega presto. *Dug.* Señor,
si ruegos de un preso valen,
advierte, que la que ofendes
es la Condesa. *Olymp.* Qué haces?

Dug. Darte la vida. *Eduard.* Teneos;
pues como en aqueste traje?

Olymp. Ya es forzoso el confesar
la verdad. *Eduard.* Gato notable!

Octav. Gran valor!
Dug. Finza mucha!

Olymp.

Octav.

Dug.

Olymp.

Olympa. La causa es esta, escuchadme:
 Principe invicto de Thracia,
 de dos Imperios Atlante,
 cuya vida ruego al Cielo
 tanto, señor, te dilate,
 que con el tiempo, y la muerte,
 puedan apostar edades.
 Hermosa Irene, de quien
 aprende el Alba celages,
 bosquexa flores el dia,
 y copia el Cielo diamantes.
 Vassallos de Grecia nobles,
 yo soi Olympa, miradme,
 yo soi la Venus de Olanda,
 yo soi de Palas la imagen.
 Yo soi la que en otro tiempo,
 emula siendo de Daphne,
 ni tuve amor en mi vida,
 ni supe querer à nadie,
 porque era para mi orgullo
 el amor mucho desaire.
 Pero ya, Principe excelso,
 perdone la Regia sangre,
 perdone el valor heroico,
 y prometido omeage.
 Quiero bien, y tengo amor;
 qué mal hace, qué mal hace
 la que naciendo muger
 se admira de que otras amen,
 siendo accion tan natural,
 que quando nacemos nace,
 porque amar, y ser muger
 es cosa mui semejante.
 Al Duque, que está presente,
 vi por mi mal una tarde,
 en ocasion que con Phenix
 passaba à Ungria à casarse,
 y el mismo Planeta, el mismo
 Astro que pudo inclinarme
 à su amor, le inclinó al mio,
 y en un punto, en un instante
 passò una flecha una vida,
 y un harpon dos voluntades.
 En este tiempo (ay de mi!)
 como hermano de mi padre,
 tratò el Conde de Marusa
 con el de Francia las paces,
 siendo guerras para mi,
 pues pararon en casarme.
 Tu entonces desesperado,
 dando al Mar los tafetanes,
 y al viento las esperanzas,
 te cansaste, y me dexaste

cercada de parabienes,
 porque tambien de los males,
 è por uso, è por costumbre
 fueren en el Mundo dirse.
 Llegò el dia de partirse
 el Duque à Ungria: aqui habla
 el silencio, no la lengua,
 porque en la lengua no cabe
 tanta pena de dolor,
 tanto sentimiento grave.
 En efecto (ay Dios !) despues
 de haver cerrado con llaves
 muchos suspiros, que andaban
 por el alma naufragantes,
 muerto el brio, tierno el pecho,
 muda la lengua, y cobarde,
 amancillado lo herinoso,
 deslucido lo brillante,
 descompassados los pies,
 fugitivos los corales,
 las quexas passando à furias,
 los ojos corriendo mares,
 el alma casi en los labios,
 la vida sin alma casi,
 el pulso ya intercadente,
 el pecho ya palpitante,
 el rostro todo de cera,
 divoreiado de la sangre,
 que hasta la sangre nos dexa,
 quando el dolor nos abate.
 Yo misma, yo le roguè
 que se fuesse, y me dexasse,
 que lo demás era hacerme
 por muchos caminos martyr.
 No has visto, Principe, quando
 corre peligro una Nave
 de irse à pique, los de à dentro,
 porque la vida se salve,
 arrojar al Mar la hacienda,
 y quantas riquezas traxen?
 Pues así yo, solo atenta
 al decoro, que guardarme
 debo à mi misma, de mi
 arrojé (valor notable!)
 al Duque, y salvè el honor,
 que era lo mas importante.
 Resolvime, ya lo viste,
 triumphè de mi, ya lo sabes,
 perdi el gusto, y hasta el alma,
 fuesse el Duque, ya le hallaste,
 quedè muerta, ya lo he dicho,
 y tratè de remediarme:
 esto sucedió al partirse,

vamos, señor, adelante.
 Dentro de un mes me dixerón;
 que tu, señor, por vengarte,
 como si èl tuviera culpa
 de que yo no te estimasse,
 le traxiste preso à Grecia,
 siendo el Palacio su carcel.
 Mas como me hallò mas cierta
 este pesar, sin mostrarme,
 ni triste, ni apasionada,
 à quien me traxo el mensage
 respondi: Ya, es otro tiempo,
 que le prendan, ò le maten,
 no es cosa que à mi me importa,
 que si un tiempo pude amarle,
 como aquesta voluntad
 no pasó de los umbrales
 del respeto, que se usa
 entre Damas, y Galanes,
 ni me toca su defenfa,
 ni me obliga su rescate.
 Y tomando con despejo,
 à fin de defenfadarle,
 un caballo, me fui à caza;
 si se han de decir verdades,
 difunta el alma àcia dentro,
 si bien risueño el semblante,
 que ay peñares que no tienen
 conciencia de declararse.
 Y estando mirando atenta
 à un Azor, ò Gerifalte,
 pyrata hermoso de pluma,
 vivo escandalo del aire,
 vandolero de las nubes,
 y Corsario de las Aves,
 que à una voladora Garza
 daba ya el ultimo alcance,
 vi, que por librarse de èl
 (que es la vida mui amable)
 à un alamo, donde havia
 hecho vida maridable
 con su esposo, y dos polluelos,
 se retiraba cobarde,
 herida ya en la cabeza,
 y descompuesto el plumage;
 Mas viendo que peligraba
 su fiel consorte, que yaca
 dando calor à sus hijos,
 por divertirles la hambre,
 à la puerta de las pajas,
 y del nido à los umbrales,
 se quedó como en resguardo,
 porque cebado en su sangre

el traidor que la persigue,
 dicra lugar à que el padre
 huyesse con los hijuelos,
 que aun hasta los animales
 tienen sus galanterias
 para saber obligarse.
 Esto pasó en mi presençia
 yendo à cazar una tarde;
 y reparando entre mi
 en la fineza del Ave,
 que à veces nos dån doctrina
 los brutos irracionales,
 me dixo el alma al oido:
 El Duque, aunque te recates,
 es el alma de tu vida,
 Eduardo la combate,
 Eduardo la aprisiona,
 y Eduardo la retrae.
 En qué piensas, que no acudes
 con la vida à remediarle?
 que aguardas, que no le buscas?
 que dudas, que no le vales?
 que temes, que no le libras?
 y que haces, sino haces
 lo que una Garza te enseña,
 en peligro semejante?
 Pues no es bien que un animal
 con amor sepa arriesgarse,
 y una muger con amor
 dexa en peligro à su amante.
 Yo entonces afectuoso,
 sin dár muestras, ni señales
 de mi amor, hago juntar
 esta gente, con achaque
 de defenderme, si acaso
 invidiosos intentasse
 mis amantes ofendidos
 en el camino robarme.
 Y en saliendo de mi Corte
 informo à mis Capitanes
 de tu finzaron, y luego
 me determino, que antes
 que ponga los pies en Francia,
 à buena guerra has de darlo
 al Duque: mas advirtiendome
 que era alargar mi viage,
 y no cumplir con mi amor,
 que en vivos carbonos arde.
 La mayor fineza intento
 (Griegos nobles, escuchadme)
 que una muger de mis prendas
 puede hacer, sin infamarle;
 porque sola con Rodrigo

hijo de Palas, y Marte;
y Fenisa, que es testigo
de mis bienes, y mis males,
en este traje que miras,
por los cancelos Reales
de tu Palacio me entro,
solo à pedirte, à rogarte,
con lagrymas, con caricias,
con ruegos, con humildades,
dès al Duque libertad,
porque se goce, y se case
con Phenix, aunque à mi amor
es forzoso que le alcance
el golpe de alguna invidia,
quierole bien, no te espantes,
estimo tanto su gusto,
que quiero yo negociarme
esta pena, esta delidicha,
y aquestos zelos, puñales
del corazon, que buidos
le passan de parte à parte,
à trueque de que este libre,
y que llegue à coronarse
por unico Rey de Ungría,
en rendido vassallage.

Yo soi Olympa, yo soi
la que lleguè à despreciarte,
no por consejos agenos,
porque soi mui arrogante,
sino por proprio capricho;
vengate en mi, no dispares
tus iras, contra quien nunca
quiso, ni pudo enojarte.
La carcel es para el reo,
que hace, ò dice dispartes,
mas no para el innocente:
salga el Duque de la carcel,
preudeme à mi, libra al Duque,
muera yo, viva mi amante.

Garza soi à tus rigores,
rompe, despedaza, parte,
con tal que en tanto mi dueño
de tus rigores, se escape.

Y sino, pues que tu enojo
consiste solo en que xerte,
de que por Francia te dexo,
quando me buscas galante,
aquí estoi, aquí me tienes,
haz de mi lo que gustares,
yo no tengo mas amor.

à ti, que al Frances, iguales
estàn entrambas, balanzas,
tu puedes hacer que baxe

la de Francia, y que la tuya
à los Cielos se levante:
Haz como Rey soberano,
y si no mis Estandartes
tramolaràn, pues, que vienem
conmigo diez mil Infantès,
que hombre à hombre, como hijos
de Juno, à quien dàn Altares,
en Lemnos, competir pueden.

Y quando todo me salte,
yo no me puedo saltar,
que lo que he dicho constante,
quando mas hacer no pueda,
tengo à tus ojos de entrarme
por los estoques contrarios,
hasta que rompidas manchen
mis venas tus pies iavictos,
porque viendome cadaver
te daelas de mi, y del Duque
de camino te apiades,
en cuya guerra de amor
su lumbré hilando suave,
dorada pavesa muere,
y Phenix blanco renace;
porque ni el poder, ni el tiempo,
ni la muerte, aunque el estambre
Atropos vital cercene
con las tixerias vulgares,
basta, ni puede bastar
à quitarme, ni à horrarne
del pecho este desvario,
dulce del alma character.
Y así, manda, ordena, juzga,
porque que juzgues, ò mandes,
que ordenes, prendas, obligues,
marmol, piedra, bronce, ò jaspe,
muerta, viva, amante, preña,
en este, y en otro traje,
siempre has de hallarme de un modo,
y siempre suya has de hallarme.

Eduard. Con razon quedo obligado.

Iren. Milagros son de quien ama.

Eduard. Venció su valor, su fama.

Rold. La Condesa me ha burlado.

Clar. Victor Olympa, señor.

Dug. Bien con su amor ha cumplido.

Eduard. Notable aficion ha sido;

pero si es mucho su amor,
y su gentileza es mucha,
mas ha de ser mi picada.

Olymp. No ay mas que mi voluntad:
como puede ser?

Eduard. Escucha:
Tu vienes, Olympa hermosa,

por el Duque, ya se vé,
y porque al Duque te de
te ofrecés á ser mi esposa.
De fuerte, que está en mi mano,
como Juez, y como parte,
el quereyte, y el gozarte,
sin que despues de tyrano
me acuses, ni de violento,
en que me case contigo?

Olymp. Si, señor, así lo digo.

Eduard. Pues oye mi pensamiento:

Al Duque te he de entregar
lo primero, y lo segundo,
aunque Olanda fuera un Mundo,
no me tengo de casar.

Darte al Duque es justa ley,
y no casarme es efecto
del valor, y del respecto,
que debe guardarse á un Rey.
Porque no digan liquiera,
que porque en Grecia te vi,
poderoso pretendí

lo que amante no pudiera.
Y el amor no ha de tener
violencia en el conquistar:

por fuerza querer gozar,
es poder, no merecer:

Solo el querido es dichoso,
y el olvidado infelice;

querer, y ofender desdice
de un corazón generoso.

Quitar á quien quiere bien,
por mi gusto, aunque sea justo,
la commodidad, y el gusto,
mas que fineza es desden.

Y así, yo sé bien, que estimas
al Duque, y que me aborreces,
y aunque á mi gusto te ofrecés,
y á ser mi esposa te inclinas,
para cumplir con quien soi,
y con mi amor juntamente,

que se vaya libremente
al Duque Vireno doi,
y despues á ti licencia
de que te vayas á Francia:
y aunque ha de hacer repugnancia
el alma en esta sentencia,
y el amor se ha de quejar
de no lograr el poder,
esto me quiero deber:
que yo me quiero negar,
para tener de este modo

atomos ya de divino,
y sujetar de camino
á mis pies el Orbe todo.

Porque si yo soi en mi
mas que el Mundo, claro está
que del Mundo triumphará
quien sabe triumphar de sí.

Olymp. Como quien sois procedeis:
qué valor, y qué piedad!

Duq. Dadme por mi parte:-
Eduard. Alzad

luego, si luego quereis,
vos os podeis ir á Ungria,
y vos á Francia, señora.

Rold. A Francia? no por aora,
escuchad por-vida mia:

En ausencia de mi Rey,
yo tengo su authoridad,
quando no por voluntad,
por razon, oficio, y ley.

Y supuesto que yo soi
oy su espejo verdadero,
digo, que ya no te quiero.

Olymp. Por qué causa?

Rold. Ya la doi:

Tu has llegado á confessar
otro amor, y bien se infiere,
que con muger, que á otro quiere,
un Rey no se ha de casar.

Eduardo, por mostrarse
mas liberal, que violento,
se excusa del casamiento,

y si él dexa de casarse,
es por parecer gallardo
con tu gusto: claro está
que tambien mi Rey lo hará,
pues no es meros que Eduardo.

Y si despues lo has de hacer
(que todo lo he de decir)
para qué te quieres ir,
haviendote de volver?

Yo he venido aqui engañado:
mas ya que la causa sé,
ni á Francia te llevaré,
ni á tu amor daré esse enfado.

Y así, volvec á tu tierra,
y yo volveré contigo,
pues soi bueno para amigo.

Ya sabes que en paz, ó en guerra,
aqui, y en qualquiera parte,
en todo, justo, ó injusto,

Roldan ha de hacer tu gusto,

menos esto de casarse.

Duq. Que tal à Olympa se diga
por mi causa solamente!

Clar. Detente, por Dios, detente.

Duq. Ya su defensa me obliga.

Clar. Calla, no respondas nada.

Duq. Como, viendola agraviar?

Clar. Porque así te has de llevar
la polla por la cinchada.

Duq. Y si el Principe la goza,
y no logro lo que trazas?

Clar. Dexa repartir las bazas,
y tira luego la moza.

Eduard. Qué dices, Olympa, de estos?

Olymp. Que es la lisonja mayor,
que puede hacerme mi honor:
y así digo, que supuesto
que tu, señor, por galante,
por cortés, por generoso;
y tu por escrupuloso,
por marido, y vigilante,
quieres este gusto hacerme,
para excusar de matarme,
al punto quiero embarcarme,
al punto quiero volverme
tan cortés, y agradecida
à los dos, que de los dos
diré, que despues de Dios
os debo à los dos la vida.

Iren. Y no os quedaréis en Thracia,
siquiera, Olympa, por oy?

Olymp. Vuestra esclava, Irene, soi.

Iren. Basta, que tengo desgracia
en quantas cosas intento.

Apenas, pues, por vengarme,
al Duque quise inclinarme *aps.*

con honesto pensamiento,
quando Olympa me baraja

con este encuentro la suerte:
yo perdi, cierta es mi muerte,

con quien juega con ventaja.
Que el Duque por despicarle

de lo que en ella pedía

(quien lo duda) me querias
mas ya que pueden hablarse,
es cierto que su cuidado

volverà à refucitar,

y que se avrán vuelto à dár
las almas, que se habían dado.

Ella amante, él obediente,
ella ciega, y él perdido,

porque dos que se han querido,

se conciertan facilmente.

Mas, amor, tened paciencia,
pues es forzoso callar:
no venís à descansar?

Olymp. Ya os responde mi obediencia.

Eduard. Vamos de aqui, Duque amigo.

Iren. Venid, Condesa.

Olymp. Ya voi.

Eduard. Pagóme, como quien soi:
ay, ingrata!

Iren. Ay, enemigo!

Eduard. Aunque por su ausencia cessa,
numero de amor, y de amante.

Iren. Aunque nuestro buen semblante,
sabe el Cielo que me pesa.

Eduard. Mas ya tanto amor condeno.

Iren. Mas es este amor bastardo.

Eduard. Pues qué espero?

Iren. Pues qué aguardos

vén, Olympa. *Eduard.* Ven, Virena.

Olymp. El bien me tiene cobarde.

Duq. De gozo el alma desmaya.

Olymp. Di al Duque, que no se vaya.

Duq. Di à la Condesa que aguardé.

Clar. Aqui ay brava escaramuza.

Fenif. Qué temes?

Clar. Qué te amedrenta?

Olymp. Tén tu cuenta.

Duq. Tén tu cuenta.

Clar. A la oreja, perro, zuzá.

Duq. Señora? *Olymp.* Dueño, y señor?

Duq. Como te podré pagar

tanto querer, tanto amar?

Olymp. Solo con pagar mi amor:
mucho tengo que decirte.

Duq. Y yo mucho que rogarte.

Olymp. Quien el alma llegó à darte,
nada podrá resistirte:

yà estás libre de Eduardo.

Duq. Es Principe muy cortés.

Olymp. Tambien lo estoi del Francés,
que anduvo Roldán gallardo.

Duq. Con esto el alma, aunque muda,
te ha dicho que lo querré.

Olymp. Ya lo entiendo; yo feré:-

Duq. Dices: mia?

Olymp. Quien lo duda?

mas Phenix que ha de decir?

Duq. Donde tu, señora, estás,
tu eres la Phenix no mas.

Olymp. Pues oy empiezo à vivir.

Duq. Querrás que vaya contigo?

Olymp. Esto es agraviar mi amor:

tuya es mi vida, y honor.

Duq. A guardarte me obligo:

Clar. El rayo vtielve.

Duq. Ay de mí!

Fenif. Detrás el Principe tienes.

Edward. No vienes, Duque?

Iren. No vienes?

Duq. Si señor. *Iren.* Ya voi tras tí.

Vanse Eduardo, è Irene.

Clar. Acabad, que estais cansados.

Duq. Esta es mi mano, mi bien.;

Olymp. Y esta es la mia tambien.

Clar. Dios os haga bien casados.

Duq. Un alma vive en los dos.

Olymp. Qué dicha!

Duq. Qué voluntad!

Olymp. Qué fineza!

Duq. Qué lealtad!

Fenif. Que vuelven.

Olymp. A Dios. *Duq.* A Dios.

Vanse Olympa, y el Duque.

Clar. Y tu menique de Dama,

qué me dices?

Fenif. Que foi tuya

hasta la muerte. *Clar.* Aleluya.

Fenif. La criada sigue al ama.

Clar. Luego ya serás mi esposa?

Fenif. Como tu seas mi marido.

Clar. Nunca flematico he sido.

Fenif. Ni tampoco yo medrosa.

Clar. Pues dame algun testimonio.

Fenif. Daréte todo mi ajuar.

Clar. Alto à ir à consumir.

Fenif. Qué, Clarin?

Clar. El Matrimonio.

JORNADA TERCERA.

Sale el Duque Vireno acabandose de vestir, y Clarin con el vestido sobre el brazo.

Duq. No acabas con la ropilla?

Clar. Abotonada está ya.

Duq. Muestra la capa.

Clar. Aquí está:

tu priessa me marabilla,

y el vér lo que has madrugado.

Duq. No mucho, pues ya amaneco;

dame la espada. *Clar.* Parece,

que sales abochornado.

Duq. No sé, disgustado estoi,

y de estárlo estoi corrido.

Clar. No te vá bien de marido?

Duq. Hasta aora no lo foi.

Clar. Qué importa, si lo has de ser de muger, y tan hermosa!

Duq. Qué cosa tan enfadosa es gozada una muger!

Clar. Pues bien, donde quieres ir?

Duq. Adonde el alma me tiene,

ay, Irene! *Clar.* Aora Irenéz

Duq. Olympa quise decir.

Clar. No siento bien de tu enfado,

porque madrugar un hombre,

errar de la Dama el nombre,

despues de haverla gozado,

no es amor, desprecio es,

y si es amor, es injusto.

Duq. No ay amor gozado el gusto:

qué hora es? *Clar.* Serán las tres.

Duq. Aora bien, qué me detengo,

si ha de ser? Elicucha à parte.

Clar. Acaba de declararte.

Duq. Aun de mi verguenza tengo;

yo he mandado prevenir

una Nave, solo à efecto

de irme con todo secreto.

Clar. Pues quien lo puede impedir?

Duq. La Condesa.

Clar. Luego empresa

es que à la Condesa ofende?

Duq. Claro es, Clarin, que se entiendo;

que ha de ser de la Condesa.

Clar. Advierte:.

Duq. No ay que advertir,

yo la aborrezco de fuerte,

que está en sus ojos mi muerte;

Ya sé que puedes decir,

movido de tu lealtad,

que es accion mal parecida,

que debo à su amor la vida,

que ella me dió libertad,

que dos Reinos ha dexado

solo por guardarme sé,

que con ella me embarqué

gustoso, y enamorado.

Que mil palabras la di,

que de mí se confió,

y en efecto, que llegó

su amor à salir de sí,

pues en muestras de su amor,

ciega, amante, confiada,

rogada, é importunada,

me hizo dueño de su honor.
 Ya lo sé todo, Clarín,
 pero yo no puedo mas,
 el amor se ha vuelto atrás,
 y yo soi amante ruin.
 Olympa queda dormida
 à pesar de su cuidado,
 quien se casa disgustado
 en poco estimó la vida.
 Yo me vengo oy á embarcar
 antes que Olympa despierte.
Clar. Si el sueño es muerte, la muerte
 de la muerte ha de tornar.
Duq. Esto es condición en mi,
 parte á avisar al Piñoto.
Clar. En una Isla, en un Soto,
 sola, sin gusto, sin tí,
 à un Angel quieres dexar?
Duq. Disculpado está qualquiera
 en gozando la que espera.
Clar. Pues dexa me à mi gozar,
 que Fenisa aun no ha llegado,
 à edad de tener marido,
 y de partir consumido
 de vér que no he consumado,
 duelete de ella, y de mi.
Duq. En vano agora me porfiar.
Clar. Ojo avisor, Reinás mias,
 que todos somos así.
Duq. Vamos presto, que parece
 que despierta suspirando.
Clar. Muger, que se duerme amando,
 qualquiera pena merece.
Vanse, y sale Fenisa.
Fenif. O los ojos me mintieron,
 ó à Clarín, y al Duque vi
 pasearse por aqui:
 pero ya de aqui se fueron.
 Sino es que yo me engañé,
 ó fué sueño: pero no,
 no fué sueño, porque yo
 los ví, y aun los escuché
 decir no sé qué de Nave,
 y de embarcarse los dos:
 qué será: Valgame Dios!
 que sin duda es cosa grave,
 pues al Duque le ha obligado,
 estando con mi señora,
 á levantarse à la Aurora,
 cuidadoso, y recatado.
 Pero Roldan viene aqui
 con Pinabel, y Leonido,

y me dirán lo que ha sido.
Salen Roldan, Pinabel, y Leonido.
Rold. Digo que embarcar le vi.
Fenif. Malo es esto. Pinab. Volveria
 con algun recado à Thracia.
Fenif. Ya temo alguna desgracia.
Rold. Si, mas ir sin compañía,
 quando goza del favor
 de Olympa, como marido,
 novedad me ha parecido.
Dentro Olympa. Mi bien, esposo, señor.
Rold. Mas tened, que Olympa llama,
 y ay mas daño del que véis.
Olymp. No me habláis? No respondeise.
Rold. Mucho peligro su fama.
Sale Olympa como asustada, y
lamentandose.
Olymp. Alma del alma que doi,
 como de mi os alexais?
 donde estais, que no me hablais?
 quedando tan vuestra oy,
 de sobra est in los castigos,
 mas si acaso burla fué,
 yo, señor, os buscaré:
 Fenisa, Roldan, amigos:
Rold. Tan de mañana; señora?
 esto no es trataros bien.
Fenif. Mira que aun no ha amanecido.
Olymp. Ya lo veo, ya lo sé:
 mas desvelome un cuidado,
 y vengo á saber lo que es.
Fenif. Ay de ti quando lo sepas,
 y ay de mi tambien!
Olymp. Pues bien,
 donde el Duque mi señor
 está? No me respondeis?
 al Cielo mirais: al Cielo?
 muerta soi! y tu tambien?
 tu tambien, y no me dices
 la verdad? Mas si temeis
 darme la muerte, advertid,
 que aunque es piedad, es cruel,
 porque es matar de dos veces
 à quien podeis de una vez.
 Mas ya, ya sé la verdad,
 sin duda fué con los tres
 à caza, y algun Leon
 tiñó de su rosclér:
 las asiladas nayajas;
 ó algun Javali montés,
 con el colmillo furioso,
 que le deshende la piel,

le barrenó el corazón:
 vengativo, y descortés.
 Si aquesto es cierto, Roldán,
 si esto es cierto, Pinabel,
 Fenisa, si esto es así,
 Leonido, si aquesto fué,
 para qué es bueno callar?
 encubrirlo para qué?
 Si despues me ha de matar,
 y he de saberlo despues,
 decirme lo que ay en esto.

Rold. Triste por esto no estés,
 que el Duque, señora, es vivo.

Olymp. Vivas mil años, amen,
 con esso estoi soslegada,
 y no tengo que temer:
 pero si es cierto que vive,
 qué recelais? qué temeis?
 habla Fenisa. *Fenis.* Señora:-

Olymp. Acaba. *Fenis.* Lo que yo sé,
 es, que el Duque mi señor
 se vistió al amanecer:-

Olymp. Adelante. *Fenis.* Y con Clarín
 estuvo hablando, y despues:
 lo demás sabe Roldán.

Olymp. Pues qué aguardas? No sé qué:
 me dice el alma, que suele
 ser prognostico fiel
 de las desdichas: amor,
 piedad de mi honor tened:
 profigue, Roldán, profigue,
 aunque la muerte me des.

Rold. Pues que tu lo quieres, digo,
 que entre las quatro, y las tres
 vi al Duque, y à su criado
 entrar:- *Olymp.* Donde?

Rold. En un batesí,
 que sin duda prevenido
 le tenia desde ayer;
 y en un punto, en un instante,
 como Cometa que arder
 se vè en el aire, passé
 por el golfo de Calés.

Olymp. Harto con esso me has dicho,
 no tengo mas que saber,
 Fenisa arrimate á mi,
 porque no pueden tener
 el peso de los agavios,
 ni las piernas, ni los pies.
 Ay amor tan mal pagado!
 ay tan mal guardada fél
 ay pecho tan rigoroso!

ay corazón tan cruel!
 ay castigo tan injusto!
 ay trato tan descortés!
 ay hombre tan desleal!
 ay en el Mundo muger
 tan infeliz como yo!
 pues me ven los que me ven
 sin bien, sin gusto, sin honra,
 por querer à un hombre bien!
 Flores, que al capullo apenas
 con hermoso roscilér
 pimpollos os asomais,
 quando Estrellas pareceis:
 Fuentes, que siempre os reis,
 quizá porque no teneis
 tyrano galán, que os burle,
 sino risueño placer:
 Aves, que siempre cantais,
 montes que nunca os moveis,
 fieras, que siempre vivis
 de matar para comer:
 Y hombres, si acaso ay alguno,
 que firme sepa querer,
 pues que sabeis mi deshonra,
 pues que mi desdicha veis,
 ayudadme à sentir,
 y fiad que yo podré,
 quando lagrymas os faltan,
 daros hartas que lloréis;
 porque al contarjo mis ojos
 sangre llegan à verter.
 Però no me admiró tanto,
 que quien me llegó à deber
 la vida, me la quitasse,
 como que yo viva esté;
 que es floxedad de la honra,
 y ofensa de mi altivez,
 que viva quien esto sabe,
 que no muera quien lo vè.
 Cielos, para quando son
 los rayos que recogeis
 en el Cielo de las nubes,
 donde tienen su niñez?
 Miradme, Cielos, miradme;
 mas advertid, que ha de ser
 con silencio, que si acaso
 llego mi muerte á entender,
 será tan grande el contento
 que en morir recibiré,
 que podrá darme la vida
 solamente este placer.
 Grecia, de mi liviandad:



murmurará, como quien
 sabe el riesgo à que me puse,
 quando en ella puse el pie.
 Olanda, que por señora
 me reputa en mi dosel,
 dará voces contra mi,
 y me negará el Laurel,
 que me puso en la cabeza,
 quando el Estado heredé.
 Pues donde tengo de irme,
 si el Español, si el Inglés,
 el Griego, el Noble, el Señor,
 el Plebeyo, el Mercader,
 y todo el Mundo me mira
 como flaca, y ruin muger,
 burlada de un hombre ingrato,
 y desleal? Aora bien,
 en lo pasado aun del Cielo
 fuele estrecharse el poder,
 que lo que una vez ha sido
 no puede dexar de ser.
 En lo presente ay remedio,
 amigos, busquemosle
 por los mejores caminos,
 porque no llegue à perder,
 ya que se pierde la vida,
 honra, y gusto de una vez.
 El Duque se ha vuelto à Grecia,
 vamos à Grecia tràs él,
 yo lo sé por lo que he visto,
 y por lo que yo me sé.
 El campo, por lo que allà
 nos pudiere suceder,
 puede marchar poco à poco,
 siendo el Principe Rogel,
 en ausencia de Roldan,
 Cabo de tanto baxel.
 El fuego no me hará mal,
 la tierra me será fiel,
 y el viento será mi amigo,
 y así piadoso, ó cruel,
 en agua, en tierra, y en fuego,
 y en qualquier parte que este,
 le ha de alcanzar mi razon,
 hasta casarme con él.
 Amigos, esto es amor,
 y en esto no repliqueis.
 Tygre foi, que los cachorros
 que dexò al amanecer
 hallò menos à la tarde,
 y de cyprés en cyprés
 anda olicendo las raices,

y no los pudiendo haver,
 se despedaza ella misma
 con las manos, y los pies.
 Leona foi, que aunque de altiva,
 y de muy Real proceder,
 en llegando à estar con hambre,
 sin mirar à la viudez,
 que le guarda, à su consorte
 se come si es menester.

Y Paloma tambien foi,
 que aunque sus agravios vé,
 à un passeio, y dos arrullos
 se rinde con sencillez.
 Duque ingrato, y falso amigo,
 dueño alevé, injusto Rey,
 oye, aguarda, escucha, espera,
 que no ha de ser tu, desden
 tanto, no, como mi amor,
 ni de tu trato el doblez
 ha de guardar mi piedad,
 no huyas de una muger,
 que te adora como al Cielo:
 vuelvete à mis brazos, ven
 al corazon, donde fuiste
 despues de Dios el Vi-Rey,
 que gobernò sus potencias
 que si yo te llevo à vér
 amante, y desenojado;
 porque no sabe querer
 quien no sabe perdonar
 las ofensas otra vez,
 el alma, la libertad,
 el honor, la vida, el ser,
 los sentidos, las potencias,
 y el corazon te daré,
 como vuelvas à ser mio,
 que no ay humano interés
 con que se puede pagar
 tanta dicha, y tanto bien.

*Vanse Roldan, y los otros por una puerta,
 y Olympa, y Fenisa por otra.*

*Salen Eduardo, Flora, Irene, Octavio,
 y acompañamiento.*

Eduard. En efecto te cansaste,
 Irene de mis entrañas?

Iren. Tu sabes que me obligaste;
 que à desdenes tan extraños
 no ay sufrimiento que baste.
 Disteme en aborrecer,
 pensè en ello, foi muger,
 y como amada me vi,
 dexè de quererte à ti,

mas no dexè de querer.
No pensè yo que pudiera
facarme del pecho mio,
que era sacar de su esfera
el alma de un alvedrio,
que de tus ojos lo era.

Ay, de mi! que muchos dias,
viendo que mal me querias,
llegué à no quererme bien,
por no querer bien, à quien
tu, señor, aborrecias.

Pero el tiempo, y el amor
dieron à mi entendimiento
escarmiento de su error,
y mude de pensamiento,
por no sufrir tu rigor;
que aunque quien ama, y padece,
tambien de firme merece,
no ay de faire en la muger,
como llegar à querer

à un hombre que la aborrece.
Eduard. Esto tan agradecido,
bella Irene, à tu mudanza,
aunque contra mi aya sido,
que como otro su esperanza,
te agradezco yo mi olvido.
Que aunque es dicha el ser tratado
de una Dama con cuidado,
si verdad se ha de tratar,
de quien yo no puedo amar
no quisiera ser amado.

Porque por fuerza he de ser,
aunque yo no quiera, ingrato,
pues por fuerza he de tener
con su voluntad mal trato,
mal modo, y mal proceder.
Y asì, tengo por piedad,
que mudes de voluntad,
pues con haverme olvidado,
tu te excusas un cuidado,
si yo, Irene, una ruindad.
Pero no està bien vengada,
porque si el Duque se ha ido,
tu amor te sirve de nada.

Iren. Bastame saber, que he sido
del Duque Vireno amada.
Y sabe, que si quisiera,
antes que Olympa viniera,
fuera el Duque mi marido,
como tu serlo has podido
de Olympa.

Eduard. De esta manera

los dos un mal padecemos,
y los dos un bien perdemos.
Y pues un dolor nos tiene,
aunque con fines diversos,
de un modo, y à cuento vieas,
oye en solo quatro versos
todo quanto siento, Irene.

Iren. Solo en quatro?

Eduard. En quatro, sí.

Iren. Mucho ha de ser.

Eduard. Pues no lo es
para quien vió lo que vi.

Iren. Ya los oigo.

Eduard. Escucha, pues,
que la copla dice asì:
Solo el silencio testigo
ha de ser de mi tormento,
y aun no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.

Iren. Yo, primo, que soi muger,
à mi valor reverencio,
padezco sin merecer,
porque solo mi silencio
llega mi amor à saber:
à el solo mi amor le digo,
y en ello siento interés,
aunque es secreto enemigo,
porque de mi daño es
solo el silencio testigo.

Eduard. Sí, mas yo que solicito,
al tormento me doi todo,
à los alivios me quito,
porque en la lengua no ay modo
para explicar lo infinito:
diga, pues, mi sentimiento
aqueste tormento atroz,
que al coger lo que yo siento,
no ha de ser nada mi voz,
ha de ser de mi tormento.

Iren. Como es tanto lo que passo
de penas, y de estas penas
es el pecho vaso eicaso,
tan lleno està, que aun apenas
queda lugar en el vaso:
Penas le quiero añadir,
sin ver que falta el cimientto,
pues le doi mas que sentir,
y aun no cabe el sentimiento
en lo que quiero decir.

Eduard. Por esso yo con callar
doi à mi tormento indicio,
que en un hidalgo penar

se queixa el amor de vicio,
 quando se puede queixar:
 y así, para mi, y contigo,
 doi á entender, aunque roco
 lo que callo, y lo que áigo,
 no en lo que áigo, que es poco,
 en todo lo que no áigo.
 Y con esto, Irene mia,
 á Dios, que mi voluntad
 de tu vista me desvia,
 que á un triste la soledad
 es su mayor compañía,
 Que si el Cielo me consiente
 olvidar este accidente,
 rendido, amante, y sujeto,
 como tu quieras, prometo
 de ser tuyo eternamente.
 Perdona, pues, mi esquivez,
 porque no ha estado en mi mano
 otro de mi há sido juez,
 prometo, que el inhumano
 no me engañará otra vez.
 Afseguro gobernar
 con tal orden mis potencias,
 que no aya mas que admirar,
 de donde podrás sacar
 favorables conseqüencias.

*Vase Eduardo, y sale Clarin
 al paño.*

Iren. Qué me importa esta promesa,
 quando de oirla me pesa,
 porque no ay partido bueno,
 contemplado al Duque ageno
 en brazos de la Condesa?
 Cielos, pues mi bien perdi,
 pues el Duque se partió,
 pues sus engaños creí,
 pues de mis ojos huyó,
 y con Olympa le vi,
 pues en sus brazos está,
 pues liviana le escuché,
 pues para siempre se fué,
 y oy por ultimo será
 mi muerte, si el instrumento
 falta, mataráme el llanto!

Sale Clarin.

Clar. Pues mirame tu entretanto,
 que ordenas tu testamento.

Iren. Mas ay Dios, qué confusion!

Clar. Par diez si discreta eres,
 y á mirarme te dispones,
 que ha de creer que te mueres,

pues llegas á ver visiones.

Iren. No eres Clarin?

Clar. No lo ves?

que por besarte los pies
 he venido como loco.

Iren. Aquesta cadena es poco.

*Dale una cadena, y él la toma
 muy apriesa.*

Clar. Para qué, no me la des,
 que no soi interesado:
 mucho pesa, aquesto es hecho:
 este oficio es extremado,
 pues en fin dexa provecho,
 ya que no es calificado.

Iren. Si juntamente contigo
 viera yo al Duque, Claria!

Clar. El Duque viene conmigo,
 y queda en esse jardín.

Iren. Qué dices? *Clar.* Esto digo.

Iren. El Duque? *Clar.* El Duque mi amo.

Ponele el Duque al paño.

Iren. Sin duda que loco estás.

Clar. Pues mira como le llamo,
 y en llamandole, verás
 como viene como un Gambo.
 Señor? *Dug.* Es hora?

Clar. Ya es hora.

Dug. Está sola Irene? *Clar.* Si;
 y por señas que te adora:

Sale el Duque.

yá está mi señor aqui.

Iren. Ay tal suceso!

Dug. Señora,
 el Duque soi, que aguardando
 á que el Principe se fuera,
 que contigo estaba hablando:

Iren. Es ilusion, ó quimera!
 es verdad, ó estoi soñando!

Dug. Parece que estáis medrosa.

Iren. Medrosa estoi, y dudosa:
 pues dime, no te embarcaste?

Dug. Si, señora.

Iren. Y me dexaste
 por la Condesa tu esposa?
 No me despedí de ti,
 y el parabieu del empleo
 te di yo propia?

Dug. Es así.

Iren. Pues como en Grecia te veo?

Dug. Como tengo el alma aqui.

Verdad es que me embarqué,
 y que Olympa, á quien amé,

de tu Corte me facó;

pero tu amor me volvió:
qué mucho, si tuyo fue?

Clar. JESUS, qué grande invencion!

Iren. Aquí ay alguna traicion, *ap.*
contra Olympa.

Clar. Ha quien pudiera
desbuchar como quissera!

Iren. Saltos me dá el corazon:
y con Olympa?

Dug. Como no havia
satisfacciones de honor
en su amistad, y la mia,
yo mismo traté este amor
con su voluntad sin dia.

Por no verme (ay Dios!) morir,
pues era cierto en tu ausencia,
movida de su elegancia,
para volverme à venir
à Grecia me dió licencia:

Tèn, pues, de mi amor piedad,
pues que ves mi voluntad,

Olympa està con quietud.

Iren. Tal tengas tu la salud,
como dices la verdad.

Este, Irene, es mi suceso

de amor. *Iren.* Bien claro se vé,
como tal lo confieso.

Iren. A qué esposo seré
Amor, yo que hacer en esto:
que os cause enojos,

que repone vuestros antojos, *ap.*

antes que me aventureis:

fama de ciego tenéis,
abrid una vez los ojos.

Dug. Dime, no me quieres?

Iren. Si,

mas quiero saber primero,
si es lo que dices así,
que por quererte, no quiero
faltar à quererme à mi.
Yo soi muy desconfiada,
y antes que me arroje à nada,
me ha de escribir la Condesa,
pues de este amor no le pesa.

Clar. Atácose la jornada.

Iren. Son los hombres tan ingratos,
que hacen el amor prolixo,
temeroso de sus tratos.

Clar. Por esso solo se dixo,
que era nada entre dos platos.

Iren. Y quando fuera verdad,

que la Condesa llevara
nuestro amor con suavidad,
pienso que no me casara
contigo de voluntad.

Por que si à Olympa, que tanto
riesgo, amor, cuidado, y llanto
debes, desprecias así,
qué puede esperar de ti
quien no te ha querido tanto?

Y así, vuelvete à tu amor,
pues te hace tanto favor,
que yo, despues que te ví,
todo mi amor convertí,
fino en desdèn, en temor.

Que aunque por verme querida
debo estar agradecida,
tengo temor à tu trato,
porque el que una vez fué ingrato,
lo será toda la vida.

Olympa es discreta, y bella,
y pues su amor atropella,

por otro amor, cosa es llana,
que harás conmigo mañana

lo que oy has hecho con ella.

Con esto, pues, me despido,
y à no amarte me condeno,

que quien tan ingrato ha sido,
ni para galán es bueno,

ni menos para marido.

Dug. Oye, señora. *Iren.* Qué quieres?

Dug. Que tu hermosura me vea,
por quien soi, y por quien eres.

Iren. Como quererte no sea,
que ya yo sé quanto quieres. *vaf.*

Dug. Pues mira que tras ti vói.

Clar. Si la enfadas, para qué?

Dug. Para que muriendo estois:
pero yo la venceré,

ò no seré yo quien soi. *vaf.*

Clar. Fuefe: pues solo he quedado,
murmurar à lo seguro

quero de él, y su cuidado,
porque si no lo murmuro,

para qué soi su criado?

No ay hombre en el siglo nuestro
para mudanzas mas diestro:

él habla de dia, y noche,
enamora à troche, y moche,

goza à diestro, y à siniestro.

A Phenix hace el amor,

à Olympa quita el honor,

à Irene su vida llama,

y se anda de Dama en Dama,
como otros de flor en flor.

Y apenas la fruta prueba,
con engaño, industria, y arte,
ya por linda, ya por nueva,
quando de cazera parte,
como aquel, que el diablo lleva.

Estas, y otras picardias,
que llamamos bizarrías,
con las mugeres usamos,
y luego nos espantamos,
que digan mil perrerías!
Vive Dios, si muger fuera:
mas tente, Clarin, espera,
que un Exercito valiente
se ha puesto frente por frente.

*Sale Olympa, Roldan, Fenisa, Pina-
bel, Leonido, y acompañamiento
todos con armas.*

Olymp. Quedaos todos aqui fuera,
que á solas le quiero hablar,
pues dicen que solo entro.

Rold. Yo, señora, le vi entrar.

Olymp. Amor, la ocasión llegò
al Duque voi à matar.

*Entrase Olympa sacando primero
una pistola.*

Clar. Como (ay Dios!) podré escaparme
mas son de cinquenta y siete,
y aquesto es apropiarme,
esto es tocar à jarrete,
y querer desatacarme.

Rold. Aqui ay un hombre.

Clar. No ay tal.

Rold. Pues quien fois?

Clar. No foi tampoco:
que à ser, à ser racional,
no huviera sido tan loco,
que viviera en tanto mal.

Fenif. Tente, Roldan, que es Clarin.

Rold. Clarin?

Fenif. Como yo muger.

Clar. Ellos consultan mi fin.

Rold. Pues prenderle es menester,
que en efecto es hombre ruin,
y descubrirà el engaño.

Fenif. Bien dices.

Rold. Date à prision.

Clar. Ni lo dudo, ni lo extraño:
mas por que? por que razón?

Fenif. Por que razon, por picaño.

Clar. Es Fenisa?

Fenif. Si, traidor,

aqui pagaràs mi honor.

Clar. Pues quando yo te ofendi:

has perdido algo por mi
de tu fruta, ni tu flor?

Pues por que tanto castigo?

podiera tener contigo

una doncella mas sesfo:

pero diràs, que por esto

estàs à matar conmigo.

Rold. Quando el Duque llegò aqui?

Clar. Al amanecer llegò.

Fenif. Vino por Irene? *Clar.* Si.

Disparan dentro.

Duq. Ay de mil que muerto soi,

Octavio, Lucindo, Arnesto.

Rold. Matòle: valiente hazaña!

*Salen todos con hachas, y por otra
puerta Olympa, y arroja
una pistola.*

Eduard. Traicion en Palacio, presto.

Olymp. Así muere quien engaña;

y aun poco castigo es esto.

Eduard. Prended à toda esfa gente,

hasta saber quien diò fuego

à la pistola. *Olymp.* Detente,

detente famoso, Griego,

que à Olympa tienes presente.

Eduard. Quien avrà que no se asombrò

de escuchar aqui tu nombre!

Olymp. Yo disparé la pistola,

yo soi Olympa, yo sola

en tu casa matè à un hombre.

Eduard. Y quien fuè?

Olymp. Dexame hablar,

porque te pueda informar

de la mayor sinrazon:

muerto tengo el corazon,

aun no puedo respirar.

Iren. Con mil sobrefaltos luchò.

Clar. Sin duda al Duque matò.

Fenif. Su valor ha sido mucho.

Rold. Con su nobleza cumpliò.

Olymp. Escucha, pues.

Eduard. Ya te escucho.

Olymp. Embarquème, señor, como ya viste.

(ò amor! ò noche triste!)

con el Duque Vireno,

para mi amor dulcissimo veneno,

pues la muerte me daba,

y por otra belleza me dexaba.

Apacible, amoroso, y lisongero,

no digo verdadero,
 su amor encarecia;
 quien pudiera decirle, que mentia,
 mas quien pensar pudiera,
 que en pecho humano tal traicion cupiera.
 Sucedió, pues, señor, que el Mar airado
 quando el Sol havia dado
 ya el postrer parasismo,
 a bramar comenzó contra sí mismo,
 con tan ardiente saña,
 que caducó de miedo la montaña.
 Arrojabán las ondas (que gran pena!)
 promontorios de arena
 hasta el Cielo de un vuelo,
 tanto que pudo equivocado el Cielo
 pensar desde aquel dia,
 que la tierra con él se introducía,
 porque hallando otra esfera nuestras Naves,
 con él anchas, y graves,
 no se remontaron.
 El Cielo tan de espacio cultivaron,
 que quando acá volvieron,
 tiempo, y el lugar desconocieron.
 Pero atento al fracaso, aunque remoto,
 advertido el Piloto,
 mi mal tomó tierra
 una Isla, que la boca cierra
 onto, y Exco,
 mi muerte, y mi deshonra veo.
 Estaba yo en mi tienda recogida,
 en pienso que dormida,
 oyendo mi nombre,
 dar voces, despertar, y hallar un hombre
 junto á mi fué una cosa,
 mas flogégome con llamarime esposa,
 Porque como obligarme pretendia
 á lo que no podia
 hacer, si no me daba
 nombre de esposo, esposa me llamaba,
 porque el nombre sirviera
 de disculpa á la culpa venidera.
 Finalmente, los ruegos, los temores,
 los llantos, los rigores,
 las fuerzas, las ternuras,
 las promessas, palabras, y locuras,
 tantas, Principes, fueron,
 que el pecho de diamante me rindieron.
 O; ley de maldad establecida!
 que pierda conseguida
 de su lustre una gloria!
 que empalague alcanzada una victoria,
 que la dicha investiga,

y por gozado el bien cause fatiga!
 Vió el Duque, señor, al otro dia,
 mas no como solia,
 sino como enfadado,
 los ojos tristes, el amor templado,
 los ruegos suspendidos,
 y los brazos pesados, y caidos.
 Mas aunque el alma me abrasó el agravio,
 no despegué mi labio,
 que no siempre conviene
 dár á entender los zelos quien los tiene,
 porque es ofensa nueva
 recelar la traicion, y hacer la prueba.
 Pero no paró en esto, que á la noche,
 antes que el negro coche
 su carrera acabasse
 (ó, como es mucho que adelante passé)
 le echó menos el pecho,
 no en el alma, señor, sino en el lecho.
 Empecé con las manos á buscarle,
 con la voz á llamarle, (verle
 mas viendo (ay, Dios!) que no es posible
 ni conmigo (ansias tristes) detenerle,
 quedé como arroyuelo,
 quando le empata la corriente el yelo.
 Viene en esto Roldán, el qual me dice:
 (ay, muger infelice!)
 que de embarcarse acaba;
 mucho fué no morir quien escuchaba
 tan extraña respuesta,
 mas la ocasion de no morir fué esta.
 Mi honor, mi amor, y mi valor (advierete)
 intentaron mi muerte,
 mas como á un mismo tiempo la intentaron
 ellos unos á otros se estorvaron,
 quando á matarme fueron,
 y así con la contienda suspendieron
 su furia executiva,
 y por matarme, me dexaron viva.
 Viva, pues, con cuidado de mi honra,
 publicqué mi deshonra,
 y burlada esperanza,
 por empeñarlos mas á la venganza,
 di la vuelta á la Grecia
 en busca del traidor que me desprecia,
 y encontrandole aora en tu Palacio,
 porfiado, y rehacio
 en su justa esquiviza
 en mi cara me dixo (que baxeza!)
 que era esposo de Irene,
 y que á casarse con su Alteza viene.
 Yo entonces por la boca, y por los ojos.

centelleando enojos,
 y escupiendo cenellas,
 apelo de mi milina à las quecellas,
 y consulto mi agravio,
 Heres Escorpion, que me taladra el labio.
 Ya si ciega, turbada, amante, loca,
 aqueña negra boca
 la que de la pectina,
 que obediente à la polvora fulmina
 un globo tan derecho,
 que le dexè de par en par el pecho.
 Yo maté al Duque, Principe gallardo,
 yo le maté, Eduardo,
 Irene, yo le he muerto,
 yo le he muerto, Roldan, aquesto es cierto,
 todo el Mundo lo entienda,
 porque ningunò sin razon se ofenda,
 y tambien porque todos en sabiendo
 este caso estuendo,
 de lastima liquiera,
 me maten de una vez, porque no muera
 de tantas, que no es vida
 la agraviada, zelosa, y ofendida:
 Aquesto ha sucedido
 en tu Palacio, yo culpada he sido:
 toma, pues, la venganza,
 passe mi pecho una funesta lanza,
 que ya el Duque no vive
 en el, pues con su sangre escribe
 su delito en la arena.
 Atended, que el morir no me dá pena,
 porque antes apeteço
 la muerte, que mil veces la mereço.
 Matadme, pues, que aguardais? matadme,
 y del pecho, sacadme
 este agravio, esta injuria,
 esta pena, este dolor, y aquesta furia,
 porque con una muerte
 tenga piadoso fin mi triste fuerte.
 Iren. Notable de dicha ha sido!
 Edward. Si, pero valiente hecho.

Rold. Así su honor se restaura.
 Edward. En semejantes sucesos
 quedar vengado el agravio
 es del mal noble remedio.
 El Duque, como tu esposo,
 pues te asegurò primero,
 te gozó, si como ingrato
 despues ofendió tu pecho,
 tu, en desprecio de tu enojo,
 como quien eres lo has muerto;
 haz cuenta, que estàs viuda,
 y aora demos al cuerpo
 del Duque honroso sepulchro,
 que adelante buscaremos
 el medio que mas convenga,
 si en esto puede haver medio,
 para que tu, bella Olympa,
 que mil años guardas el Cielo,
 Irene, y yo, y el Delphia
 no quedemos descontentos,
 porque aora ay muchos lutos
 para hablar en casamientos.
 Olymp. Dios me guarde à V. Alteza,
 si bien el mejor remedio
 para mi serà el morir.
 Fenis. Y Fenisa serà tuya.
 Clar. Yo me conformo con esto.
 La historia de la Condesa
 de Olanda, y el Duque Vireno
 tiene fin, de cuyo caso
 podemos tomar exemplo,
 para que de aqui adelante,
 ni por lumbre, ni por piensò
 ofendamos las mugeres,
 que en llegando à tener zelos
 son tan recisissimas, que
 quando las faltasse acero,
 estoque, pistola, daga,
 alfanga, estuche, ò veneno,
 daràn con un asador
 à un Christiano, sin remedio.

F I N.



Con licencia: En Sevilla, en la Imprenta de JOSEPH PADRINO, Mercader
 de Libros, en calle de Genova.